

Relación entre la tasa de explotación y conflictividad social. Los casos comparados de: España, México y Corea del Sur

JULIÁN DENARO

Los altos niveles de Pobreza y Exclusión Social existentes en el mundo, nos convocan a pensar e investigar al respecto, tanto en términos estructurales como acerca de los mecanismos a través de los cuales, éste sistema de inequidad social se reproduce. Se investigará la evolución de la tasa de explotación en algunos países de distinta coyuntura, y asimismo se estudiará la evolución de las conflictividades sociales coexistentes con los parámetros de referencia.

Precisamente, analizar la tasa de explotación de estos países – que proviene de la medición de la Tesis de Doctorado de Joaquín Farina –, nos aportará datos que nos permitan conocer más de éstos mecanismos que engordan la riqueza de los sectores de poder concentrado de la economía, y dejan a la mayoría del pueblo despojada de participar en una justa distribución. Asimismo, la evolución de la tasa de explotación en cada país, es de suponer que nos permitirá encontrar razones que explican por qué bajo ciertas condiciones ésta tasa aumenta, al tiempo que bajo otras condiciones la tasa de explotación disminuye. Entre esto, empero, cabe aclarar que existe una tendencia mundial a la alza de la tasa de explotación.

Mientras tanto, se expondrán una serie de características que además de influir sobre las tasas de explotación, se relacionan con fuertes indicadores de inclusión social, atendiendo a serios problemas del mundo actual, como desempleo, pobreza e indigencia. Se pondrá una especial atención a las relaciones entre todas estas variables que pueden conducir tanto a situaciones de conflictividad social como por el contrario a escenarios de relativo equilibrio.

Relationship between rate of exploitation and social disputes. Compared cases of: Spain, Mexico and South Korea

The high rates of poverty and social exclusion existing in the world, make us think and investigate about it, both in structural terms and about the mechanisms through which this system of social inequality reproduces itself. It will be investigated about the evolution of the rate of exploitation in some countries of different backdrop, and at the same time it will be studied the evolution of the social disputes.

Precisely, analyzing the rate of exploitation of these countries – which is taken from measuring of Joaquin Farina's Doctoral Thesis – , will show data that allows us to learn more of these mechanisms which enlarges the wealth of the concentrated economic class, leaving the majority of the people deprived of participating in a fair distribution. Meanwhile, the evolution of the rate of exploitation in each country is supposed to allow us finding reasons to explain why under certain circumstances this rate increases, as well as under other conditions the rate of exploitation decreases. Among all this, however, it is important to say that exists in the world a tendency of the rate of exploitation to increase.

Additionally, some characteristics are related also to social inclusion, attending serious problems in the current world, like unemployment, poverty and indigence.

Hace aproximadamente 2500 años, Platón explica que en la asamblea del pueblo que toma las decisiones de Atenas, cada uno ve las cosas según el color de su propio cristal, construyendo la realidad en función de sus pasiones, de sus deseos, de sus intereses, y la decisión que de allí resulta no es necesariamente verdadera. Aquí puede entenderse que el objetivo platónico es el de formar hombres de poder que, conociendo lo que provoca el asentimiento, deben ser capaces de construir una política que recibirá el acuerdo de unos y de otros y que hará cesar la guerra, la guerra civil. La esperanza del filósofo es construir una especie de tribunal pacífico, capaz de elaborar el discurso de conjunto.

Algo que molesta mucho a Platón es su observación de que en las discusiones que cotidianamente se llevan a cabo, tanto en asambleas como entre conocidos, se observa que toda la energía está puesta en imponer la propia verdad al otro, olvidando comprenderlo y también desentendiéndose del análisis de la problemática en cuestión, porque sólo interesa ganar la discusión y la disputa. Pareciera ser que una vez que se adoptó una posición, lo único que se hace es defenderla con fiereza, pero prescindiendo de argumentos y de comprensión. Ese modo de operación continúa y hoy, como siempre, con la sociedad dividida.

Pues bien, una cuestión crucial consiste en advertir que el conjunto de creencias sostenido por una buena parte de la sociedad se revela carente de elaboración argumentativa y contextualización histórica. Pero increíblemente resulta adversa a los propios intereses de quienes ponen el cuerpo para defenderlo. Aunque más triste aún, es padecer el ardiente odio que vive en un porcentaje demasiado alto de la sociedad, y que acaba en un continuo enfrentamiento que divide, como separados por una grieta, a dos partes de una misma sociedad, que en vez de potenciarse solidariamente, se destruyen en una enemistad que se foguea cada vez más. Aquí es pertinente recordar a Freud en “Más allá del principio del placer”, contundente escrito de 1920. En vez de alimentar los instintos de vida, que sirven para construir, para cohesionar, para unir, para crear y para amar, lo que consigue la evolución, muchos individuos optan por proporcionar energía a los instintos de muerte, que sólo sirven para destruir, desarmar y desarticular. Esto se vuelve involución.

Por cierto, se desprende de esta descripción una pregunta acerca de cómo puede ser que haya ocurrido así, y el mismo Freud, en “Inhibición, Síntoma y Angustia”, de 1925, explica que si el Gobierno está por lanzar una medida que favorece a las mayorías, pero que resulta adversa a los intereses de una pequeña minoría, ésta procede a tomar el control de la prensa, a través de la que consigue trabajar la soberana opinión pública, hasta conseguir interceptar esa decisión que favorecería a las mayorías. Para argentinizar estas definiciones, complementa Raúl Scalabrini Ortiz, diciendo que “La prensa argentina es actualmente el arma más eficaz de dominación. Es un arma traidora como el estilete, que hiere sin dejar huella. Un libro permanece, está en su anaquel para que lo confrontemos y ratifiquemos o denunciemos sus afirmaciones. El diario pasa. Tiene una vida efímera. Pronto se transforma en mantel o en envoltorio (o para prender el fuego del asado, agrega el autor del presente artículo), pero en el espíritu desprevenido del lector va dejando un sedimento cotidiano en que se asientan forzosamente las opiniones. Las creencias que el diario difunde son irrefutables, porque el testimonio desaparece”. Así, perversamente, los medios de comunicación van instalando un sistema de creencias en la gente, que es estrictamente funcional y conveniente a quienes tienen el manejo de los mismos.

Se advierte a este punto que desunir a la sociedad es estratégico para los sectores de poder concentrado, que quieren someterla a sus propios intereses. Consecuentemente, instalar odio en una buena parte de la población, consigue un resultado de insuperable efectividad. Freud, en “Psicología de las Masas y Análisis del Yo”, de 1921, explica que “El odio puede tener un valor unitivo en la conformación de masas. Los lazos sociales que se conforman bajo la lógica de masa generan la ilusión de una identidad de goce en común. En este sentido es que se podría plantear que las construcciones de colectivos, sostenidos en la convicción de una identidad compartida, resultan segregacionistas”.

Entonces, esas minorías que conforman el poder concentrado del mundo, y que manejan la prensa, insistieron de manera constante con ideas que consiguieron instalar en el conjunto de creencias de un amplio porcentaje del pueblo, sembrando el odio y provocando la enemistad entre hermanos.

Los liberales, ortodoxos, conservadores, de derecha, o como quiera llamárseles, sugieren que el Estado no debe intervenir en la Economía, ya que esta arribaría solita a un equilibrio que favorece a todos. Sostienen que el Estado no debe meterse ni interferir, porque “los que saben” son capaces de hacer “bien” las cosas, por lo que la Economía debe ser dejada en libertad. Sin embargo, la realidad nos permite conocer que el aparato, la estructura del Estado, posee múltiples herramientas que están siendo empleadas permanentemente, y la cuestión es que no existe un punto intermedio. Es decir, o favorecen a unos, o favorecen a otros.

Pues bien, si no se interviniera sobre el conjunto total de hechos económicos y características sociales que atraviesan la vida y la política de un país, los herederos del poder económico, y por ende político, actuarían sucesivamente en pos de conservarlo. La lógica consecuencia de fuerzas desiguales disputando la riqueza, ocasionaría un ensanchamiento de la brecha de desigualdad incrementando la pobreza. Pero aquello es lo que quieren los mencionados liberales, ortodoxos y conservadores, porque son, precisamente, los poseedores del poder económico mundial. Y a ellos no les importa ni aumentar la pobreza, ni matar a gente, ni mandar soldados de su propio país a morir en la guerra, que es una de las expresiones más tristes que nos ha enseñado la historia de nuestra especie.

Una cuestión que es imprescindible tener en consideración permanente para cualquier análisis, es la observación de que siempre que hay una crisis económica, sin excepción, son los pueblos los que pagan con hambre, miseria y exclusión, y son los bancos los que por leyes y decretos gubernamentales siempre salen indemnes. ¡Y he aquí la cuestión! Es el poder financiero del mundo que se ha concentrado y que ha manejado las riquezas de nuestro maravilloso planeta, prescindiendo de tomar en consideración que hay más de siete mil millones de habitantes que tenemos todos el mismo derecho a vivir, alimentarnos y disponer de una vivienda digna.

Es de destacar, a este punto, que la historia social, política y hasta cultural de los pueblos ha estado sin excepción, determinada por condicionantes económicos (producción de medios de vida). Si usted visita ruinas arqueológicas de las más

hermosas del planeta, como las que abundan en Latinoamérica, observará que la localización de las construcciones, la forma en que se cultivaba y la organización de los distintos rituales, tenían hasta en sus aspectos más religiosos una vinculación con las satisfacciones que provenían de la naturaleza y del trabajo sobre los recursos naturales, así como la protección y el cuidado de los mismos. Por eso es imprescindible tener presente que las disputas por la riqueza no nacieron ni con el capitalismo ni con la globalización, sino que han atravesado la historia entera de la humanidad. Es verdad que con características cambiantes en apariencia, pero no en su espíritu, en su esencia, en su motivación primordial.

Cuando Luis XVI envía desde Francia dos mil millones de libras, armas, tropas y alimentos a Norteamérica para financiar y apoyar la guerra de independencia contra su enemigo Gran Bretaña, en 1776, consiguió empobrecer a su país hasta un nivel que jamás había padecido. En rigor, los dos mil millones de libras y demás, enviados al otro lado del Atlántico, hubieran alimentado y dado cobijo a siete millones de franceses durante un año entero. Este ejemplo sirve como muestra de que el poder del Estado puede ser usado para empobrecer a una nación y profundizar el padecimiento de los sectores más desfavorecidos, incrementando la pobreza del pueblo.

Pero claro, detrás de todo esto estaba, precisamente, el poder del pueblo. El poder de veintitrés millones de franceses que querían liberarse de un régimen que los tenía cautivos, en la extrema pobreza y pagando impuestos. Mientras, la aristocracia, la nobleza y el clero no pagaban impuestos y eran favorecidos financieramente.

A París habían llegado las ideas de la ilustración, que iluminaban la razón y apagaban la fe en la iglesia. Estas ideas cuestionaban todo. ¿Por qué los 400.000 individuos que pertenecían a la nobleza estaban exentos de pagar impuestos y eran los únicos que tenían acceso a la educación y a la cultura? Voltaire proclamaba: “gracias a la razón, el hombre puede alcanzar cualquier nivel de conocimiento y hace que el hombre moderno entre en posesión de las virtudes capitales que lo caracterizan plenamente: la tolerancia, el humanitarismo y la libertad”.

Comandados por la fuerza del revolucionario Maximilian Robespierre, el Tercer Estado, o sea un pueblo (el 98% de la población total de Francia en 1789), se rebela contra el sistema manejado por el clero y la nobleza, y quiere una Constitución que apague el antiguo régimen y otorgue libertad y acceso a la educación para todos. El 20 de junio de 1789, los diputados que representaban al pueblo, encuentran cerradas las puertas de la sala de sesiones y se reúnen en el campo de pelota. Allí, con sus manos arriba y con fuerza, prometen continuar reuniéndose todo lo que haga falta hasta tener su propia Constitución. Prescindiendo de la descripción de los hechos que fueron tan apasionantes como violentos, destacaremos que el poder del pueblo consiguió tener su constitución: “La Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano”, que enuncia que todos son iguales ante la ley, aboliendo las distinciones de clase y prohibiendo la esclavitud. Libertad, Igualdad y Fraternidad eran sus máximas.

¡Vaya Sorpresa! Libertad es el término proclamado por la ortodoxia económica para oprimir a los pueblos en la actualidad. Por lo tanto, la complejidad inherente a las relaciones entre los diversos grupos sociales (y económicos) reclama múltiples aclaraciones a cada paso...

Es curioso, en esta instancia, nombrar dos casos particulares y excepcionales (que van contra la regla) donde las decisiones de un hombre favorecen a las clases menos pudientes. Henry Ford, en 1913, introduce en sus plantas industriales a las cintas de ensamblaje para incrementar la producción y disminuir el costo unitario. Esto consistía en instalar una cadena de montaje a base de correas de transmisión y guías de deslizamiento que iban desplazando automáticamente el chasis del automóvil hasta los puestos en donde sucesivos grupos de operarios realizaban en él las tareas hasta que el coche esté terminado. Esta estandarización con piezas intercambiables e iguales, consiguió reducir el coste unitario del automóvil y la disminución de su precio lo hizo accesible a la clase trabajadora. Además, complementariamente, en 1914, Ford subió el salario de sus operarios al doble que el salario común, lo que convertía a sus empleados de la Ford Motor Company en consumidores potenciales de los productos que él mismo producía. Y, adicionalmente con esto, redujo la jornada laboral a seis horas por día, cinco días por semana, lo que mejoró

considerablemente la vida laboral y amplió los espacios de goce de todos sus empleados. El otro caso es el de Robert Owen en Inglaterra en el año 1800, que prohibió la jornada laboral de más de diez horas, prohibió el trabajo infantil, creó un sistema educativo y sanitario, mejoró la vivienda de los trabajadores así como las condiciones de trabajo, fundó el movimiento cooperativo y demás aspectos novedosos.

Desafortunadamente, y con una lógica contraria a las excepciones descritas, deberemos admitir que a lo largo de la historia, los individuos que atesoraron riqueza y por tanto poder económico, solo procuraron incrementarlo a expensas de empobrecer al resto de la población. Y lo que empeora aún más este devenir, es que se fueron asociando, tejiendo redes de poder concentrado, y esa concentración tomó como costumbre enfrentarse al pueblo, porque su único anhelo fue conservar e incrementar ese poder que, con el transcurso del tiempo y el paso de las épocas, corresponde aclarar que es heredado. Como se ve, es la misma lógica que antes de la Revolución Francesa: Unos pocos reciben poder por herencia, y la mayoría de la población se sacrifica durante toda su vida para sobrevivir día tras día en la situación desventajosa en que le tocó nacer.

Lo que Karl Marx llamó “Acumulación Originaria del Capital” es lo que explica cómo unos pocos, que se adueñaron de los medios de producción, han incrementado progresivamente su poder, desplazando del mismo a la mayoría de la sociedad, que vive oprimida y sometida a los caprichos de ese poder concentrado que utiliza la clase obrera para producir riqueza que, inequitativamente distribuida entre capital y trabajo, acumula cada vez mayores beneficios para los dueños, al tiempo que genera desdicha para la clase trabajadora.

La mayoría del pueblo es la clase trabajadora, que se ha organizado en sindicatos y gremios para exigir derechos, y procurar liberarse del sometimiento ejercido por los sectores dominantes. Los sectores dominantes han manejado al Poder Judicial y a los Medios de Comunicación para imponer sucesivamente su voluntad, despojando a las mayorías de sus derechos.

Empero, la presión de las sociedades, como resultado de un cúmulo de energía vital y de conciencia un poco más o un poco menos organizada, ha logrado conquistas que fueron mejorando el nivel de vida de millones de personas en el mundo. Por todo esto es que la política debería interesarle a la mayoría del pueblo, porque de no importarle, los sectores dominantes ejercerían su dominio sin ninguna resistencia, y entonces acumularían infinitamente poder y beneficios, postergando al pueblo entero de la participación de toda la riqueza producida entre ambos, es decir, entre capital y trabajo, como sectores complementarios, que se necesitan mutuamente para producir riqueza. Por ello, ¿por qué los dueños quieren quedarse con todo sin compartir ni una mínima parte?

Adam Smith lo describió a la perfección en su obra “Investigación sobre la naturaleza y las causas de la Riqueza de las Naciones”, de 1776: “Tan pronto como el capital se acumula en poder de personas determinadas, algunas de ellas procuran regularmente emplearlo en dar trabajo a gentes laboriosas, suministrándole materiales y alimentos, para sacar un provecho de la venta de su producto o del valor que el trabajo incorpora a los materiales. Al cambiar el producto acabado, bien sea por dinero, bien sea por trabajo, o por otras mercaderías, además de lo que sea suficiente para pagar el valor de los materiales y los salarios de los obreros, es necesario que se dé algo por razón de las ganancias que corresponden al empresario, el cual compromete su capital en esa contingencia. En nuestro ejemplo, el valor que el trabajador añade a los materiales se resuelve en dos partes; una de ellas paga el salario de los obreros, y la otra las ganancias del empresario”. Luego, en la misma obra, el autor define que “El beneficio del capital forma parte del precio de las mercancías, y es por completo diferente de los salarios del trabajo, los cuales se regulan por principios completamente diferentes. En estas condiciones el producto íntegro del trabajo no siempre pertenece al trabajador; ha de compartirlo, en la mayor parte de los casos, con el propietario del capital que lo emplea”.

Frente a esto, David Ricardo, en su obra “Principios de Economía Política y Tributación”, de 1817, arremete contra esta cuestión, detallando que “El producto de la tierra – todo lo que se obtiene de su superficie mediante la aplicación aunada del trabajo, de la maquinaria y del capital – se reparte entre tres clases de la comunidad,

a saber: el propietario de la tierra, el dueño del capital necesario para su cultivo, y los trabajadores por cuya actividad se cultiva.

Pero en distintas formas de sociedad, las proporciones del producto total de la tierra que serán imputadas a cada una de estas tres clases, bajo los nombres de renta, utilidad, y salarios, serán esencialmente diferentes, dependiendo principalmente de la fertilidad real del suelo, de la acumulación de capital y de población, y de la habilidad, del ingenio y de los instrumentos utilizados en la agricultura.

La determinación de las leyes que rigen esta distribución es el problema primordial de la Economía Política...

No es mediante la cantidad absoluta del producto obtenido por cualquiera de las clases mencionadas como podemos apreciar correctamente la tasa de utilidad, renta y salarios, sino por medio de la cantidad de mano de obra requerida para obtener el producto en cuestión. El producto global puede duplicarse mediante mejoras en la maquinaria y en la agricultura, pero si además resulta preciso duplicar los salarios, la renta y las utilidades, estos tres conceptos seguirán conservando entre sí la misma proporción que antes, y no se puede decir que ninguna ha variado relativamente. Pero si los salarios no comparten la totalidad de este incremento; si, en vez de duplicarse, aumentaron únicamente en un cincuenta por ciento; si la renta, en vez de duplicarse aumentó tan sólo en un setenta y cinco por ciento, y el incremento restante fue absorbido por las utilidades, considero justificado afirmar que la renta y los salarios han disminuido, y que, en cambio, las utilidades aumentaron, ya que si tuviéramos un patrón invariable con que medir el valor del producto, encontraríamos que correspondió un menor valor a las clases de trabajadores y terratenientes, y un mayor valor a la clase de los capitalistas, de lo que antes percibieron unas y otras...”

Pues bien, no es fácil resumir obras tan complejas, pero habrá de procederse a sintetizar una definición que a Marx le llevó unas cuantas páginas de su tan renombrada, elogiada y estudiada obra “El Capital”, de 1867. Karl Marx inaugura el concepto de Plusvalía en la literatura para decir que existe un plus de valor, inventado allí donde no se ha creado nada más que una apropiación de valor por

parte de los dueños de los medios de producción. Es decir, existe un precio adicional que se adiciona al precio natural de los bienes, que es atesorado por el capital, y por ende el trabajador no participa de ese valor, aunque paradójicamente, sin el trabajador no podría haberse creado valor alguno. Pero es como refleja Adam Smith en la cita efectuada previamente en este escrito, cuando describe con tanta claridad que una parte del valor creado por el propio trabajador paga su salario, pero otra parte del valor creado por el trabajador, paga sin embargo un margen de ganancia del capital que lo emplea. Como se ve, aquí existe una apropiación de valor por parte del capital, de parte del producto del trabajo, que por tanto le corresponde al trabajador. Esto es lo que Marx, cien años más tarde, denominará Plusvalía.

Pero si la Plusvalía significa que los dueños de los medios de producción se quedan con una parte del salario que le corresponde a los trabajadores, vemos con acierto que esa es una causa de la conflictividad social, puesto que la clase trabajadora, que es la mayoría del pueblo, reclamará constantemente por esa parte que le corresponde pero que, precisamente, le es extraída por parte del capital que lo emplea. Además, y como sabemos, la acumulación infinita de riqueza en manos de unos pocos, que le es sustraída a la mayoría del pueblo, con el paso del tiempo ensancha cada vez más esa brecha de inequidad. El resultado es que esos pocos ricos son cada vez más ricos, al tiempo que las posibilidades de acceso a los bienes materiales que necesitan para subsistir y tener una vida digna, son cada vez más acotadas para la clase proletaria.

Así, entendemos que la brecha de inequidad aumenta progresivamente con los años, volviendo a las sociedades cada vez más injustas conforme pasa el tiempo. Y es por este motivo que Karl Marx convocó a la clase trabajadora a conformar una consciencia de clase, que la haga pelear por sus derechos. Pero el mismo Marx hablaba de distintos tipos de explotación. Una forma de explotación a los trabajadores por parte de los empresarios, consiste en un salario inferior a lo que le permitiría a los trabajadores poder vivir con dignidad. Es decir, pagarle menos que lo que le corresponde pero con una jornada laboral que le permita descansar y tener tiempo para disfrutar de sus amigos y su familia. Pero otra forma de explotación sería pagarle un salario un poco más acorde a las necesidades, pero con una jornada laboral más extensa que lo conveniente para la salud de los trabajadores. Como se

ve, de ambas formas se está explotando a los empleados, pagándoles menos que lo que les corresponde.

Entonces, las conquistas de derechos por parte de la clase trabajadora debería consistir en consolidar por ley una jornada laboral que no exceda las ocho horas diarias, días de descanso, vacaciones pagas, y sueldo superior a un mínimo establecido en función de todo lo que necesita una persona para vivir con dignidad. O sea, poder pagar el alimento, la vivienda, la vestimenta y tener un cierto margen para el esparcimiento que se merece como todos los seres humanos del mundo. Por cierto, además de las condiciones mínimas que deben garantizarse dentro de una legislación laboral en el mundo, que son las descritas anteriormente, también existe en el mundo el concepto de sueldo anual complementario (SAC, conocido como Aguinaldo) que permite a los trabajadores tener un extra con el cual poder pagarse las vacaciones o proveerse de ciertos bienes para los cuales su salario mensual es insuficiente.

Marx mismo aborda esta cuestión cuando dice que “La prolongación inmoderada de la jornada de trabajo, gracias a la utilización de la maquinaria por el capital, provoca una reacción de la sociedad, amenazada en sus mismas fuentes de vida. Esta reacción acaba imponiendo una jornada normal de trabajo limitada por la ley. Adquiere, entonces, gran importancia un fenómeno que ya conocemos: la intensificación del trabajo. Nuestro análisis de la plusvalía absoluta se ha centrado, esencialmente, en la extensión o la duración del trabajo, dando siempre por supuesta una misma intensidad...”

Como vemos, hay muchas conquistas que la clase trabajadora ha ganado con el transcurso de los años, pero no con eso detiene el margen de explotación por parte del capital. En otras palabras, aún en los casos en los que se observa una sociedad menos inequitativa, y por ende menos injusta, igualmente se percibe un margen de explotación, que en todo caso será un indicador menor a otros países en los cuales se vive de manera más inequitativa, producto de lo cual ofrecen índices de explotación más elevados.

Por lo tanto, convoca a nuestro cometido analizar dos cuestiones. Por un lado, la comparativa de los márgenes de explotación entre distintos países, para estimar con el mayor acierto posible los niveles de equidad – inequidad en la distribución de los ingresos. Y, por otro lado, la evolución de esos indicadores. Esto último también resulta de inmenso valor, porque si una sociedad tiene un punto de partida con un alto grado de explotación, lo que significa elevada injusticia y extrema inequidad, pero con el paso de los años ese grado de explotación va disminuyendo, reconoceremos un cierto grado de salud en la evolución de cómo progresa esa nación con el paso de los años. Asimismo, si en términos relativos observamos un país que es de los más equitativos del mundo, pero a partir de un momento dado esos márgenes de explotación comienzan a aumentar, advertiremos que esa sociedad se está volviendo más injusta, con lo cual las posibilidades de generarse un conflicto social irán aumentando.

Como se ve, adicionalmente con lo presentado hasta aquí, existe una relación muy fuerte entre la tasa de explotación y la conflictividad social. Entiéndase este concepto sobre la base de que una sociedad que es relativamente justa y equitativa tendrá menos causas para disputas, peleas y reclamos, que otra que muestra un alto grado de inequidad, ya que una de las causas principales de la inequidad es la existencia de un elevado índice de explotación de un sector social sobre otro. Entonces, los explotados, que son la mayoría, habrán de reclamar ruidosamente a aquellos que los explotan, que son la minoría pero que son, precisamente, los dueños de los medios de producción, y por ende son sus jefes, sus empleadores. O sea, los que tienen el poder.

Aquí se comienza a apreciar el acierto de la obra de David Ricardo, cuando concluye con contundencia que la determinación de las leyes que rigen la distribución del ingreso es el problema primordial de la Economía Política.

En algunas sociedades, se ha visto que el incremento en el poder adquisitivo del salario, que se conoce como salario real, conduce a un mayor nivel de satisfacción de la clase trabajadora. Es decir, que el salario percibido consiga acceder a un nivel de vida que incluya turismo, esparcimiento, cultura y, como se dice en Argentina,

darse ciertos gustos que parecen sólo exclusivos de los sectores más favorecidos de la sociedad.

Por eso, cuando la clase trabajadora percibe un aumento de su salario real, tiene una mayor participación en la riqueza total producida por el país. Así, los indicadores de equidad aumentan, y los de inequidad disminuyen. Pero además, se ha verificado que cuando se expande el consumo esencial de las familias de menor ingreso, atendiendo a sus necesidades con sentido social, se consigue como resultado un significativo aumento en los niveles de consumo, ya que los sectores de menor ingreso son la verdadera base que integra la demanda nacional, que algunos aseguran que es el verdadero motor del desarrollo económico.

Ciertamente, desde la corriente keynesiana del pensamiento económico, se asegura que cuando aumenta la demanda nacional, esta incentiva la producción, ya que se necesita una mayor cantidad de bienes para satisfacer este consumo multiplicado. Y entonces, como para producir más hay que emplear una mayor cantidad de trabajo, se deduce que aumentar el poder adquisitivo de los sectores de menor ingreso se traduce rápidamente en la generación de nuevos puestos de trabajo que, a su vez, traccionan para generar una mayor estructura productiva, que conduce hacia el desarrollo.

El concepto de multiplicador keynesiano asociado a la descripción previa, se justifica en que cuando se consigue aumentar el nivel de demanda y se genera empleo, además, se logra aumentar los salarios, puesto que cuando disminuye la tasa de desocupación, los salarios tienden a aumentar.

Se conoce que cuando la tasa de desocupación es mayor, los trabajadores no tienen poder de negociación, porque aceptan cualquier salario aún entendido como miserable, con tal de no quedar desempleado, ya que no tener salario es siempre peor que tener un salario bajo. Asimismo, cuando la tasa de desocupación disminuye, los trabajadores ganan poder de negociación para pelear por el precio de su salario, ya que no temen quedar desempleados. Por eso, suele argumentarse que cuando aumenta el nivel de empleo, también lo hace el nivel de salarios.

La lógica keynesiana continúa describiendo que cuando suben los salarios, aumentando el poder adquisitivo de la masa popular, que es el mayor caudal de consumo, se tonifica inmediatamente al comercio, que se apresura para satisfacer la demanda de ese consumo multiplicado. Esto, a su vez, demanda a la industria la transformación necesaria para la distribución por el comercio. Así, la industria aumenta su grado de desarrollo, y a su vez requiere un mayor abastecimiento de materia prima para poder producir más, con lo que también aumenta la producción en distintos niveles. Resultantemente, los ciclos de la producción, la transformación, la distribución y el consumo, están en proceso de progreso, de aumento, generando empleo y como resultado un aumento del salario real.

Sin embargo, desde la corriente marxista, se advierte que cuando aumenta el nivel de vida para todos, se genera lo que se conoce como la “puja distributiva”, en la cual los sectores más ricos también quieren poseer una tajada mayor de ese incremento. En consecuencia, y a pesar del acierto de la visión keynesiana en ciertos sentidos, se observa que los márgenes de explotación no necesariamente disminuyen en esos escenarios bajo aquellas condiciones, sino que hasta pueden ser proclives a aumentar, justamente porque los trabajadores viven un poco mejor. Pero atención, porque los empresarios se están quedando con una parte que no les corresponde a ellos, pero sí les corresponde a los trabajadores.

Ante estas cuestiones, se efectuará el abordaje al asunto de estudio desde la concepción marxista, que intenta resguardar aquella parte del salario que el capital le arrebató a sus empleados. Para este cometido, entonces, se utiliza la evolución de la tasa de explotación para los tres países de análisis, que nos convocará a un análisis que nos arrojará algunas conclusiones, así como algunos puntos para destacar, principalmente desde una visión que enaltece la consciencia de clase y la lucha por la conquista de derechos, defendiendo con esto el salario que corresponde a cada hora trabajada.

Pero para acabar de describir el tejido social sobre el cual se indagarán las relaciones planteadas, debe enfatizarse el hecho de que en las sociedades capitalistas, las

fortunas se acumulan dentro de una pequeña fracción de la población. De hecho, cerca de la mitad del total de la riqueza suele concentrarse en menos del 5% de esa población, en tanto que el resto de la riqueza se concentra en un 20 o 25% adicional. Como resultado evidente, todos los que no pertenecen a esa cuarta parte de la población favorecido en la repartición de riqueza, es decir, las tres cuartas partes del pueblo, no poseen riqueza, ya que solo poseen bienes de consumo y, a veces, alguna vivienda en la cual pasan sus días.

Vemos así que la totalidad del capital está en manos de la burguesía, hecho que nos revela el sistema de autorreproducción del régimen capitalista: los que poseen capitales pueden seguir acumulándolos, mientras que quienes no los poseen prácticamente jamás podrán adquirirlos. Así, se perpetúa la división de la sociedad en una clase propietaria y una clase obligada a vender su fuerza de trabajo. El precio de esta fuerza de trabajo, el salario, se consume casi en su totalidad, en tanto que el capital de la clase proletaria se acrecienta continuamente gracias a la plusvalía.

Atenderemos en éste punto precisamente a estos mecanismos del sistema capitalista de producción. La historia del comercio que va desde el siglo XV hasta el XX muestra una transformación progresiva del comercio de lujo en comercio de masas, destinado a una parte cada vez más grande de la población. Es el desarrollo de los ferrocarriles, de la navegación rápida, del telégrafo... Por consiguiente, la noción de mercado ilimitado no implica solo la expansión geográfica sino también la expansión económica de la capacidad adquisitiva, y aquí puede presentarse un aspecto controvertido, ya que mejorar el poder adquisitivo de la mayoría del pueblo veremos que contribuye a aumentar los márgenes de explotación.

Sabemos que la producción para un mercado ilimitado tiene por efecto el aumento de la producción, lo que además se traduce en una disminución de los precios de costo y a su vez derrotar a la competencia vendiendo más barato. Un traje, un cuchillo, un par de zapatos o un cuaderno escolar tienen hoy un valor en horas y minutos de trabajo mucho menor que el de hace 50 o 100 años. Mediante el progreso del maquinismo, el desarrollo de los medios de producción e instrumentos mecánicos cada vez más complejos, movidos en un primer momento por el vapor,

luego por el petróleo o la nafta y más adelante también con electricidad, se ha incrementado inmensamente la productividad del trabajo, pues se fabrican las mercancías en un tiempo de trabajo cada vez menor.

Pero ese es el medio que dispone el capitalismo para ampliar los mercados y vencer en la competencia. Evidentemente, es necesario comparar el valor real a la producción y no a los precios de venta, que comprenden gastos de distribución y comercialización o extraordinarias ganancias monopólicas. Como puede deducirse aquí, el costo de mano de obra por unidad de producto disminuye, mientras que los precios de venta tienden siempre a la suba, reconociendo en dicha descripción que en la medida que este proceso se desarrolla, cada vez una mayor parte del producto del trabajo es atesorado por los dueños de los medios de producción, en la exacta medida que los trabajadores obtienen como salario una porción cada vez menor de su producto.

Abordaje del análisis comparativo entre México, Corea y España

Nos encontramos a este punto con el bagaje teórico suficiente para encarar nuestro cometido de analizar la evolución de la tasa de explotación de tres países que estructuralmente son constituidos por una organización social, económica y política diversa. Muy distinta por cierto. Con culturas muy disimiles. Pero igualmente, algo tendrán en común. Si la tasa de explotación sufre un aumento, la conflictividad social estará más candente, al tiempo que si la tasa de explotación disminuye o permanece más o menos constante, las causas de conflictividad social tienden a disminuir. Así, observaremos algunos años seleccionados dentro del período que va desde 1973 hasta el 2012, para obtener a partir de esa tabla algunas conclusiones relativas, tanto en la comparación entre países, como en un análisis intra – nación, que permite estudiar la evolución de cada una de las sociedades en términos de cómo va evolucionando – o involucionando – la matriz de distribución de ingresos.

	1973	1976	1980	1987	1993	2001	2012
Espe	49,0	40,0	44,8	67,1	56,7	63,1	56,5

ña	2	6	6	6	1	4	0
Méx ico	145, 20	109, 06	141, 71	246, 86	144, 59	165, 19	237, 66
Core a	153, 97	174, 68	126, 23	121, 02	94,8 9	89,2 2	88,5 6

Pues bien, como punto de partida de nuestro caso, y prestando atención al año 1973, advertimos que el país con mayor tasa de explotación es Corea, así como el de menor tasa de explotación es España, pero reconociendo una amplia diferencia entre España y los otros dos. Esto, por su parte, nos conduce a la idea de suponer que la sociedad Española es la menos inequitativa de las tres, con mucho margen comparativo contra México y Corea. Pero si atendemos a cómo van evolucionando estos indicadores, habremos de destacar aspectos de relevancia, antes de analizar períodos cortos de tiempo, que para la historia de los países son demasiado breves, dado que pueden estar sujetos a situaciones coyunturales de la geopolítica.

Entonces, observamos que la tasa de explotación se mantiene más o menos inalterada para España, país en el que nunca se aleja demasiado del 50%. Pero sí reconocemos una tendencia de variación significativa para los otros dos países, aunque en sentido inverso. Como se ve, la tasa de explotación en México va aumentando preocupantemente, convirtiendo a ésta nación, como se conoce por otros estudios, en uno de los países más inequitativos del mundo. Mientras que para el caso de Corea, observamos una marcada disminución de la tasa de explotación, lo que nos sugiere pensar que es una sociedad que se va transformando, paulatinamente, en una sociedad más justa y más equitativa.

En principio, y por lo presentado hasta aquí, podríamos suponer que las causas de conflictividad social no están siendo caldeadas ni en España ni en Corea, ya que en el primero de estos la tasa de explotación permanece alrededor del mismo indicador, en tanto que en Corea la tasa de explotación disminuye. Pero sí advertimos que la tasa de explotación en México tiene una tendencia hacia seguir incrementándose cada vez más, cada vez peor. Entonces, las causas para una conflictividad social en México van en aumento.

En lo descripto hasta aquí, se toma en consideración un análisis de períodos más extensos que en la tabla fuente original, que se utilizará a continuación. Las conclusiones se consideran de utilidad en el sentido de apreciar las tendencias que conducen a mejorar o empeorar las condiciones de equidad o inequidad. Por ende, se han asociado dichas tendencias a causas de conflictividad social, pero acentuando sobre las condiciones de vida de la clase trabajadora. Sin dudas, las conformaciones de tendencia son producto de la lucha de clases, y aquí el punto de contacto más interesante a abordar. Sin embargo, así como los análisis de períodos largos son útiles en muchos sentidos, también los son los análisis más breves, vale decir, de un año al siguiente, o dicho de otra forma, comparar un año presente con su inmediato antecesor. Esto último permite descubrir la intrínseca relación entre hechos relevantes con sus consecuencias.

	2009	2010	2011	2012
España	48,49	56,20	60,17	56,50
México	208,04	227,43	238,74	237,66
Corea	85,14	93,84	91,52	88,56

En ésta etapa del trabajo, consideremos el período que va desde el 2009 al 2012. En el transcurso de éste, apreciamos que la tasa de explotación va incrementándose significativamente tanto en España como en México, especialmente desde el 2009 al 2011, por dos años consecutivos, volviendo a disminuir nuevamente hacia el último año del período. Mientras tanto, para el caso de Corea se observa un fuerte aumento de la tasa de explotación para el primer año, pero inmediatamente esta comienza nuevamente a descender.

Aquí, lo que se quiere mostrar es que las luchas obreras van avanzando y retrocediendo oscilantemente y, a pesar de conformar una tendencia que puede observarse para cada país de modo distinto, debe reconocerse que cada vez que la tasa de explotación disminuye de un año al siguiente, esto es consecuencia de una conquista. Así, podría entenderse que si una consciencia de clase se instalase con

firmeza para consolidar y robustecer esas luchas, también habrían de modificarse favorablemente las tendencias de largo plazo.

Esa salud que pareciera tener la lucha en España durante el último siglo, y Corea para el análisis de conjunto, desde la visión Marxista, debe alimentarse, cultivarse y nutrirse permanentemente. De hecho, destáquese que a pesar de una tendencia tan desfavorable como la que se observa para el caso de México, aún en éste país se observan algunas conquistas parciales. Es decir, aún cuando la tendencia de largo plazo excluye a los trabajadores cada vez más de la repartición equitativa de la riqueza total, las luchas a veces consiguen una mejora en la tasa de explotación.

	1985	1986	1987
España	60,66	68,22	67.16
México	216,44	206,74	246,86
Corea	121,93	125,73	121,02

En esta nueva tabla, se puede mostrar la evidencia de que aún sin relación entre las tendencias, un año positivo para la lucha obrera puede ser seguido por otro negativo y visceversa. Para el caso de España, que empeora en términos de equidad desde 1985 a 1986, vuelve a revertir favorablemente la tendencia hacia 1987. Para México, el caso es muy impactante, porque hubo una relativa mejora desde 1985 hacia 1986, entre otras cosas motivada por la tarea de reconstruirse luego del terremoto, pero luego ese premio a la clase trabajadora fue brutalmente retirado hacia el año siguiente, en el cual la tasa de explotación aumenta de manera impactante y escalofriante. Y para el caso de Corea, al mismo tiempo, puede observarse que no es sujeto a cambios tan abruptos, ya que luego de que la tasa de explotación ascendió levemente durante el primer año del período en cuestión, hacia el año siguiente disminuye también de manera paulatina.

Ya hemos visto que una parte del producto del trabajo paga el sueldo del empleado, pero que otra parte del mismo paga una buena parte de ganancias del capital que lo emplea, por lo que, como se ve, la dinámica que envuelve la determinación de estos porcentajes, es una incesante lucha, lucha de clases.

Dicho problema se ha expuesto de manera teórica de la siguiente manera: El valor de toda mercancía se descompone en dos partes: una de ellas constituye un valor conservado, y la otra es un valor nuevo. La fuerza de trabajo cumple una doble función, tiene un doble valor de uso: conserva todos los valores existentes, en la forma de instrumentos de trabajo, maquinas, edificios, incorporando una fracción de ellos a la producción del momento; y crea un valor nuevo, del cual forma parte la plusvalía, la ganancia. Una parte del nuevo valor la recibe el obrero; es el valor correspondiente a su salario. La otra parte, la plusvalía, la acapara el capitalista sin ofrecer compensación por ella. Con este mecanismo, la realización de la plusvalía es la condición de la acumulación del capital, que no es otra cosa que la capitalización de la plusvalía.

Donde quiera que haya llegado al poder, la burguesía ha destruido todas las relaciones feudales, patriarcales, idílicas. Desgarró inexorablemente los abigarrados vínculos feudales que ataban al hombre a sus superiores naturales, sin dejar entre los hombres otro vínculo que el del desnudo interés, el del implacable “pago en dinero constante”. Pero la expansión de la maquinaria y la división del trabajo han hecho que la faena de los proletarios pierda toda autonomía y cualquier clase de estímulo. Se convierten en meros apéndices de la máquina, y tan sólo se les exigen las manipulaciones más simples, monótonas, y fáciles de aprender. En estas condiciones, se halla progresivamente cada vez más complicada esa tarea de convocar a una toma de consciencia de clase, con lo que se presume que el padecimiento de clase continuará aumentando cada vez más, en la medida que el sistema capitalista de producción opera con libertad.

Julián Denaro

Julio de 2017